

FILMS de AMOR

GRAN GALA TRAVESTI



Num.
221

Cms.
25

LIANE HAID - IVAN PETROVICH

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 - APARTADO 707 BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARA, NUMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

N.º 221

Gran Gala Travesti

*70 DIE OCEAN-BALL
1931*

Adaptación en forma de novela de la comedia
sonora del mismo título, interpretada por

Ivan Petrovich - Liane Haid

Impresionada por el moderno procedimiento

TOBIS KLAGFILM

Versión novelesca de E. MOLDES

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

Via Layetana, 80

Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Elena y Pedro hubieran podido ser un matrimonio perfectamente feliz. Jóvenes los dos, guapos, saludables, elegantes, de gustos refinados, de una posición envidiable, formaban la pareja ideal.

Sin embargo, su felicidad no era absoluta. ¿Causas? La diferencia de caracteres. Mientras que Elena se parecía por las pompas del mundo y se consideraría desgraciada si el resto de los mortales no se fijase en ella con admiración, su marido vivía para su trabajo y para sus ambiciones. Muy serio, muy formal, muy estudioso, en el Ministerio donde trabajaba y cobraba un pingüe sueldo, realizaba cada día una labor callada, que le conquistaba la simpatía de sus jefes y le auguraba en la carrera ministerial un brillante porvenir. El lo comprendía así, y lejos de perder

el tiempo en salones y reuniones del gran mundo, flirteando y haciendo alarde de su ingenio, prefería ir incubando con amor su suprema ambición: llegar a ser ministro o, por lo menos, consejero.

Naturalmente, a Elena no la disgustaban estas aficiones de su amo y señor; si Pedro, a fuerza de constancia y de tesón, veía realizadas sus aspiraciones, ella encontraría encantador ser la esposa del señor ministro o del señor consejero. Pero, eso sí, no estaba dispuesta a llevar a cabo, para alcanzarlo, el menor sacrificio.

¡Que se sacrificase Pedro, sí quería!

Ella, lo único que podía hacer, era aceptar, el día de mañana, los hechos consumados. Mientras tanto, ¡a divertirse, que la vida es breve!

Desde hacía algunos días no se hablaba de otra cosa en la ciudad. La proximidad de los carnavales había vuelto a poner sobre el tapete el tema, cada año igual y, sin embargo, cada año renovado, del baile Gran Gala Travesti de la Ópera.

¡La vida tenía ya para Elena una finalidad!

La víspera del gran día al matrimonio se acostó, como de costumbre, y, como de costumbre, Pedro, a los pocos minutos de guardar la posición horizontal, se entró por los linderos del sueño, pese a los alaridos de la

radio, que amenizaba el insomnio de su cama mitid. No obstante, su viaje por los dominios de Morfeo fue breve; ¡tan fuertes eran los geitos del aparato!

Se incorporó en el lecho y se unió con su esposa:

— Por favor, Elena!... ¡No me dejes dormir con tu maldita radio!

— ¡Qué lástima! — respondió ella cortando la onda — Ahora empezaba lo más interesante.

— Pues, imagínate! siempre es más bello lo imaginado que lo real.

Hubo una pausa. El marido volvió a cerrar los ojos, dispuesto a reanudar su viaje por el país de lo subconsciente. La voz de Elena se dejó oír de nuevo:

— Pedro... Pedro...

— ¿Qué quieres?

— Oya... ¿Qué cosas me pondré mañana para ir al baile de la Opera? ¿Blancas o rojas?

— De noche no distingo de colores!

— ¡Cierto! De lo contrario se habrías fijado ya en mí.

— ¿Me quieres dejar dormir?

— Papá dice que para dormir te sobra tiempo durante el día en el Ministerio.

— Tu papá, en vez de criticar a los demás, haría mucho mejor cuidándose de esa ballarina que lo pone en ridículo!



Se celebraba el baile de máscaras de la Opera...

— Pedro! ¡Eres un salvaje! ¡No te puedo ni ver!

Y Elena, para hacer más contundentes sus palabras, le volvió la espalda a su marido; ¡No otra cosa descaba éste! A los pocos segundos zancaba como un bendito.

Le hizo saltar de la cama el despertador a la mañana siguiente, y después de una "toilette" y un desayuno rápidos, se dirigió al Ministerio.

Allí le aguardaban grandes noticias. El

consejero le hizo saber que se esperaba aquel día la llegada del correo diplomático de Roma, y Pedro, hasta quien habían llegado ya ciertos rumores acerca del viajero, que despertaron su curiosidad, preguntó:

—Dígame, ¿quién es el correo de Roma?

Jorge Hohenfels — respondió el consejero.

—¿Es hijo del Hohenfels que fué ministro?

—En efecto...

—¿Y qué clase de muchacho es?

—¡Oh, una bellísima persona! Serio, correcto, formal, incapaz de una trivialidad...

A Pedro, la amistad, el buen recuerdo del amigo, formado en los años de ausencia, le hacía mentir, aun sin proponérselo. Porque Jorge Hohenfels se parecía tanto al retrato que de él acababa de hacer el joven ministerial, como un obispo a una mariposilla del "Moulin Rouge".

Precisamente, en aquellos mismos momentos, cuando el tren se acercaba a la capital, el joven diplomático, olvidado por completo de los deberes de su cargo, se entregaba al placer de conjugar el verbo amar con una mundana nada avata de sus favores.

Era su norma. Los viajes son largos y aburridos, y si no fuera por los encuentros con las hijas de Eva en los "sleepings", valía la pena de no moverse de casa.

Aquella misma mañana un distinguido caballero llamaba la atención del público en cierta subasta que se celebraba en un local de la ciudad. Para ser más exactos, conviene afirmar que la atención no era precisamente el caballero quien la arrepareba, sino la dama que le hacía compañía. ¡Una dama de una vez! Morena, de ojos negros y ardientes, de cabello como el carbón, vestida con una elegancia extremada y luciendo unas joyas que hacían daño a la vista.

No debía de ser muy desconocida la dama en cuestión, por cuanto unos "pollos bien" que allí se encontraban, se guñaron los ojos al verla y cambiaron entre sí estas palabras rápidas:

—Por lo visto era bailarina húngara cambiada de protector como de vestido.

—¡Pues entonces debe de tener muchos vestidos!

Naturalmente, estas frases tan espirituales no llegaron a oídos del caballero, pues de lo contrario la cuestión personal hubiera sido inevitable. Porque el señor Araold, padre de Elena, la linda esposa de Pedro, estaba convencido de que había conquistado con sus hechuras — ¡hechuras de cincuenta y pico de años! — a la casta Susana en persona.

Don Juan incorregible, el buen señor Ar-

nold adolecía del defecto de todos los conquistadores de su categoría: con los años se le debilitaba la vista y tomaba por oro bueno lo que era, simplemente, oro.

Iba a subastarse uno de los objetos más tentadores: el abanico de Madame Pompadour. La protegida del señor Arnold se ocupó en poseerlo, y su acompañante, galante y generoso, empezó a ofrecer por él sumas considerables.

Pero ocurría un caso curioso. Cada vez que él decía una cantidad, otro caballero, situado a su lado, gritaba con acento extranjero:

—¡Y quinientos más!

Era Mr. Duval, miembro de la Academia Francesa, que había venido a la ciudad con la única intención de llevarse, con destino al Museo, el abanico de la Pompadour, costase lo que costase.

El señor Arnold empezaba a desesperarse. El dichoso abanico iba a costarle una fortuna.

Por fin, aprovechando un momento en que su desconocido rival se dedicó a estornudar concienzudamente, se hizo adjudicar la preciada joya, en tanto que M. Duval, completamente desolado, gritaba:

¡Yo no volver a París sin abanico de la señora Pompadour! ¡Yo ser un hombre perdido!

Entretanto, en el Ministerio, Pedro y Joe-



Se entregaba al placer de conjugar el verbo amar...

ge Hohentels se abrazaban cordialmente. A pesar de la diferencia enorme de caracteres, que hacía del uno el antipoda del otro, eran dos buenos amigos y recordaban con entusiasmo las horas de juventud pasadas juntos en medio de la alegría de Budapest.

Charlaron mucho rato, y al fin, Pedro, mirando el reloj, exclamó:

—¡Es tardísimo! ¡Y mi mujer esperándome en casa!

—¡Cómo! ¿Te casaste?... ¡Qué lástima!

¡Un chico tan inteligente como tú!... Nada, hombre, nada; te felicito.

—Guarda la felicitación para mañana, que celebraremos nuestro primer aniversario.

—¡Un año ya! ¡Cómo pasa el tiempo!

—Y tanto que pasa!... Por eso quiero volver a casa, para que mi mujercita no espere más.

—Pero, oye; quiero ir esta noche al baile de la Opera. Irás tú también, ¿verdad? ¡Recordaremos juntos nuestros alegres tiempos de Budapest!

Pedro esbozó una sonrisita de conejo y tartamudeó una excusa. ¡A cualquier hora se iba él al baile de la Opera sin su Elena! ¡Con las ganas que ella tenía de lucir su disfraz! Si lo hacía, era seguro que a la mañana siguiente había un matrimonio más en viéperas de divorciarse.

III

Iba Pedro a retirarse, cuando en el despacho del Ministerio se presentó el consejero, el conde, al ver a los dos amigos, les dijo:

—Muy contentos parecen ustedes, señores... Mejor es así, porque esta noche tendremos que trabajar.

—¿Esta noche?

—Así lo ha dispuesto el señor ministro. No hay nada que hacer.

Constatando que duraron los dos machaños, y cuando el consejero se hubo retirado, fué Pedro quien tomó la palabra:

—¡Ahora sí que ya no hay ni que pensar en el baile de la Opera!

—Ese sería tú. ¡Yo sí!

—¿Vas a desobedecer al ministro?

—No; simplemente vendré un poco más tarde. Mientras tanto, si se celebra sesión, me representas tú; ¿entendido?

—Entendido. Pero no vengas más tarde de las doce.

Cuando Pedro llegó a su casa, llevaba en cara larga que los hombres ponemos cuando tenemos que acudir a algún enferro. No era, en efecto, nada agradable la noticia que debía comunicar a Elena. ¡Ahí era nada decirle que debía renunciar a asistir al baile de la Opera, que debía guardarse hasta el año próximo el disfraz con el que pensaba "epatar" a los concurrentes al Gran Gala Travesti!

Se lo dijo, sin embargo. Cuando no había modo de retroceder, Pedro era hombre de resoluciones heroicas.

—¡Con la ilusión que tenía yo puesta en ese baile!—exclamó ella, después de haberse desahogado un tanto con los cojines de su "boudoir".

— Pero, Elena, ten en cuenta que una cosa así no la podía préver nadie.

— ¡Pues déjame ir sola!

— ¿Sola?... ¿Sola a un baile de carnaval?
¡De ningún modo!

— ¿Por qué no? Ya encontraré allí con
quién bailar...

— ¡Claro que sí!... Ese "con quién" se-
guramente no habéla de faltarte... ¡Y por
eso no quiero dejarte ir!

— ¡Eres un tirano... un verdugo!

Pedro, prudentemente, miró el reloj. Y como quisieron sus geniecillos bienhechores que fuese, precisamente, la hora en que debía reintegrarse al Ministerio, aprovechó la oportunidad para cortar en seco la discusión. Gracias a ese milésimo tan oportuno, los frascos de esencia del tocador de su mujercita se salvaron de milagro.

Cuando Elena se quedó sola, no se resignó. Se encrespó aún más. No tenía con quien desahogarse, y aquello le enfurecía.

Por fortuna para ella, y por desgracia para su marido, en aquellos momentos se presentó en la casa el señor Arnold, más jovial y calavera que nunca. Al ver a su hija de tan pésimo talante, le preguntó:

— ¿Qué te pasa, Elena?

A lo que ella respondió:

— ¡No podemos ir al Gran Gala Travesti!



Elena y Vicky, confundidas en sus disfraces...

¡Al ministro se le ha ocurrido trabajar esta noche Dios sabe hasta qué hora!

El señor Arnold sonrió como hubiera sonreído Maquiavelo. A decir verdad, tenía la seriedad y la formalidad de su yerno sentadas, como vulgarmente se dice, en la boca del estómago. Aquel hombre, con sus veintiocho años llenos de sensatez, ponía en ridículo su senectud disimulada con tintes, aceites y masajes. ¿Por qué no jugarle una mala pasada?

Conocía bien a su hija y le dijo:

—Bueno, ¿y qué te importa que él baile? Voto tu sola. Después de todo, ya no eres ninguna niña...

Y el alegre señor, lanzado el desafío, se marchó de la casa, seguro de haber dado en el blanco.

En efecto, Elena ya no vaciló. Por encima de la autoridad de su marido, estaba, según ella, la autoridad de su padre. Y su padre, muy comprensivamente, le aconsejaba llevar a cabo lo que ella estaba deseando. Empleó unos cuantos segundos en vencer unos cuantos escrúpulos de conciencia, y al fin, dirigiéndose a Vicky, su doncella, que era bonita y risueña como un amanecer de primavera, le dijo:

—¡Nada, decididamente no, ninguna no sea más que un rato!

—Bravo, señorita!— exclamó la ínfima.

—Y tu yéndote conmigo!

—¿De veras? ¡Oh, no desmayo de alegría!

IV

Cuando una mujer se propone una cosa, no hay obstáculos insuperables que lo impidan llevarlo a la práctica. A la hora del baile Elena y Vicky, enfiladas en sus disfraces,

luciendo la primera un antifaz negro y la segunda un antifaz blanco, se presentaron en el baile. Y el diablo, que todo lo entreda, quiso que al mismo tiempo que ellas penetrase en la Opera, correctamente vestido de frac, el elegante diplomático Jorge Hobensfels, cuya debilidad, hoy es ya de decirlo, era el "eterno femenino".

Hubo ante el guardarropa un pequeño equívoco. La encargada, al recoger, al mismo tiempo, los abrigos de las tres personas, preguntó:

—¿Juntos?

—¡Naturalmente, juntos!— se apresuró a contestar Jorge.

Pero no menos apresuradamente rectificó Elena:

—¡Naturalmente... separados!

De momento no ocurrió nada más. En la sala, el baile, con sus giros locos, separó a los recién llegados; pero no tardó en volverlos a juntar, y entonces, Jorge, señalado por los encantos que adivinaba en Elena, y bien lejos de sospechar que fuese ella la esposa de su amigo íntimo, se dio prisa en sacarla a bailar.

El hielo se rompió pronto. Hobensfels, hábil diplomático, aspirando el aroma de la mujer que llevaba entre sus brazos, dijo:

—Usa usted un perfume embriagador... ¿"Narris Nolt"?

—Acaso...

—¿Es usted casada?

—Tal vez...

—¿Y fiel?

—Quizá...

No era mucho, en realidad; pero podía ser el prólogo de una aventura carnavalesca si Dios no lo remedaba... Y Dios no parecía muy dispuesto a humisearse en los asuntos humanos del baile de la Opera.

Entretanto, en el Ministerio, el bueno de Pedro trabajaba concienzudamente, rodeado de sus jefes, y pensando, de vez en cuando, en el malhumor de su adorada mujercita, que seguramente en aquellos momentos estaría revolviéndose furiosa en el lecho por no poder asistir al Gran Gala Travesti. ¡Cómo iba él a sospechar que en cara Elenita estuviese en el baile entregada a las delicias del flirt... y con su mejor amigo!

Porque, que el flirt marchaba viento en popa para Jorge Hohenfels, ya nadie podía ponerlo en duda. El diplomático era un verdadero as en cuestiones de diplomacia femenina. Unos cuantos bailes y algunas frases versallescas, de puro gadantes, le bastaron para vencer las resistencias de la mujer de su amigo (al menos así se lo figuraba él), y el diálogo, que tan enigmático parecía al principio de su encuentro, se animaba más a medida que se sucedían los minutos y los bailes.

—Ah—exclamaba Jorge en el colmo de su entusiasmo—, no sabe usted de lo que yo sería capaz por usted!

—¿De qué?—preguntó Elena.

—Por de pronto, hasta de arrodillarme a sus pies...

—¡Oh, no, no, de ningún modo! ¡Se arrodia usted la raya del pantalón!

—Yo le hablo con el corazón y usted se burla de mí.

—¿Burlarme yo? ¡Pobre de mí!

Y en contraste con estas palabras, aparecía por debajo del antifaz la mueca más pícarica que haya esbozado jamás máscara alguna.

—De verdad, señora, sus ojos me enloquecen!

—Eso es, realmente, muy grave...

—¡Me parece que sueño y no quisiera despertar nunca!

Dejémosles discretar... Otra pareja del baile nos interesa: el señor Arnold, padre de Elena, y su bailarina húngara, que lucía el famoso abanico de Madame Pompadour y se divertía tan a sus anchas y con tanta discreción al mismo tiempo, que mientras el viejo verde casi sentía remordimientos de haber llevado a semejantes ambientes a una flor tan pura, entre los concurrentes al baile, particularmente entre los buenos mozos, se comentaba con entusiasmo:

—¿No has tenido nada que ver con una

húngara que anda por la sala? ¡Suculento manjar! Es pródigo en sus besos, pero sólo los da detrás de una oreja.

Palas comentaristas no tardaron en llegar a oídos del señor Arnold, pero, naturalmente, no se le ocurrió sospechar de su compañera, que, dicho sea de paso, se le perdía aquella noche con demasiada frecuencia. ¡La falta de cosumbre! ¿Cómo iba a pensar mal de ella, si precisamente aquella noche le había pedido un beso en todos los tonos, y ella, herida en su honestidad, se había negado rotundamente a complacerle?

¿Es que no podía haber en el baile más húngaras que ella?...

Cuando salían los dos de beber una copa de "champagne" en un antepaño, un caballero se les acercó con ademán decidido, aunque curvándose la columna vertebral en infinitas reverencias. Era Mr. Duvál, el hombre que había venido de París con la única intención de llevarse el abanico de Madame Pompadour, y al que un estornudo inoportuno había privado de la histórica jova.

—Caballero, caballero! exclamó, dirigiéndose al señor Arnold—; ¿quiere darme el abanico?

—No, señor— respondió el padre de Elena, reconociéndole.

—¡Yo pagar a usted cincuenta mil chelines!

—Gracias. No es mi intención hacer negocio.

Y se retiraron ambos, dejando al francés sumido en la más profunda desesperación. Allí cerca había un gabinetito, cuya semipropiedad brindaba a los enamorados un nuevo ideal para la conjugación del verbo amar. No quiso desaprovecharlo el señor Arnold, y allí condujo a su pareja, sin cuidarse de Mr. Duvál, que, consternado, les seguía, aturdo por el maná del codiciado abanico.

Una vez dentro de la pequeña idosa, la húngara, quitándose el antifaz, exclamó:

—¡Estoy tan contenta, que me dan ganas de abrazar a todo el mundo!

—Pues entonces, empieza por mí... Dame un beso.

—Bueno, te daré un beso...

Y como el señor Arnold le tendiese la copa, un poco gastada, de sus labios, ella le cogió el cogote, y diciendo:

Abi, no... ¡Aquil!

Le dió un sonoro beso detrás de una oreja.

El señor Arnold estuvo a punto de desmayarse. ¡Así, la húngara a que se referían los comentaristas del salón, era su propia compañera, la que él creía una especie de casta Susana! ¡Cualquiera se fía de las castas en los tiempos que corren!

Abandonó el gabinetito como una exha-

ción, y en la puerta se encontró a Mr. Duval, quien, saliéndole al encuentro, le dijo:

—Oh, caballero, ahora sí que parece estar usted dispuesto!

—¡Sí—respondió el señor Arnold—, bien dispuesto para asesinar a alguien!

V

El barario y el minitero se juntaron en las XII.

Fue entonces cuando Jorge Hobentels volvió súbitamente al mundo de la realidad. Recordó que había quedado con Pedro en regresar a aquella hora al Ministerio; pero, por otra parte, era tan grata para él la compañía de Elena, que por no separarse de ella en aquella noche prometedorá, se sentía capaz hasta de renunciar a su carrera diplomática.

Había, por fortuna, una fórmula de arreglo: el teléfono. ¡El bendito teléfono, que tantas cosas arregla en esta desquiciada sociedad moderna!

Unos momentos después, el diplomático se hallaba en el interior de una de las estancias telefónicas de la Ópera, y desde allí se ponía en comunicación con su amigo del Ministerio.

—Oye, Pedro—le dijo—, discúlpame ante



—Gracias. No es mi intención hacer negocio.

el ministro... Ma es absolutamente imposible ir esta noche. Estoy en el Gran Gala Travesti de la Ópera, y comprenderás que la cosa se presenta bien cuando no me resigno a matarme de aguil...

—¿Ha pasado algo, Jorge?

—A decir verdad, pasar, lo que se dice pasar, todavía no ha pasado nada... ¡Pero pasará, pasará! To lo aseguro... ¡Óhico, es mi mujer leonamental!

—¿Signe tan propense al optimismo como siempre!

—¡Tú qué sabes!... ¡Una mujer así no la has visto tú en todos los días de tu vida!

—No exageras?

—Te aseguro que no... Y oye, apuesto lo que quieras a que la conquista está misma noche.

—Aceptada la apuesta... ¡A lo mejor resulta una señora casada y ennumerada de su marido!

—¡Eso ya te lo diré mañana!

Cuando Jorge volvió al salón, Elena estaba impaciente, nerviosa. Era la hora de quitarse las carpetas, y ella no podía, de ninguna manera, presentar su rostro al descubierta. La única situación era la fuga. Pero entre dudas y vacilaciones había dejado pasar el tiempo que Jorge había estado en la cabina del teléfono, y no había hecho otra cosa que enviar a casa a su doncella, dándole la seguridad de que ella la seguiría inmediatamente.

Le quedaba, pues, un problema por resolver: deshacerse de su galán. Abotunadamente, una mujer dispone siempre de soluciones para todos los conflictos. Elena recordó el gabinete contiguo a la sala, por delante del

cual había pasado ella innumerables veces aquella noche. Y el recuerdo fué una luz en su cerebro.

Se volvió a Jorge, y le dijo con perfecta naturalidad:

—He olvidado mi abanico... ¿Querría usted ir a buscármelo?

—Si usted me dice dónde está...

—Lo he dejado en la consola que hay en aquel gabinete.

—Voy volando... ¡pero cuidadito con esparse!

En el gabinete, en efecto, había un abanico; sólo que no era el de Elena, sino el de la bailarina húngara, que ésta había olvidado allí al seguir al señor Arnold en su marcha precipitada después de la escena del beso.

Cuando Jorge Hohenfels volvió al sitio donde había dejado a su "conquistista", comprendió que había sido burlado. La dama se había evaporado muy gentilmente sin dejar rastro. Sin embargo, como el tiempo invertido por Jorge en buscar el abanico había sido escasamente de cinco segundos, éste supuso que la dama no habría tenido tiempo aún de marcharse, y corrió a la puerta.

En efecto, llegó a tiempo. Elena estaba en aquel instante a un auto y daba una dirección al chófer.

Hohenfels no se dauyo a reflexionar. Se precipitó a la portezuela del vehículo, que aún

no había sido cerrada, y se introdujo en el interior, sintiéndose con gran descomodidad al lado de la bella disfrazada.

—¿Querrá usted librarse de mí, verdad?— le dijo con sorna.— Pues bien, en castigo, la acompaño a su casa.

Fueron inútiles las protestas de Elena. Una de las características de Jorge Hohenfels era la frescura. Cuando el hombre se encontraba en un callejón sin salida y consideraba que el retroceder era bochornoso, seguía avanzando a fuerza de frescura, y que pasase lo que hubiese de pasar. Así en este caso.

Jorge se encontró a la puerta de la casa de la dama que le había cautivado, aunque ni siquiera había conseguido verle la cara. Comprendió perfectamente que aquella puerta se cerraba tras la enmascarada, todas sus esperanzas de triunfo se las llevaría el viento. Había que entrar en la casa, costase lo que costase. ¿Qué podía suceder, que en la casa hubiese un marido dispuesto a defender su honor? No era creíble. Los maridos no suelen dejar ir solas a sus esposas a los bailes de carnaval, para aguardarlas luego con una escoba detrás de la puerta. Y aunque así fuese, siempre le quedaban a Jorge Hohenfels los pies, para imprimírles una velocidad fantástica si veía la cosa perdida.

Se dio maña, pues, para introducirse en la casa poco después de la entrada en ella de

Elena. La joven gritó, protestó, amenazó. En vano todo. Jorge venía acorralado por una doble plancha de frescura, contra lo que se estrellaban todas las amenazas y todos los insultos.

Por fortuna, aún no se había despojado la joven de su disfraz, y aquello fue para ella la salvación. Pensó en Vicky, su doncella, la que la había acompañado en aquella aventura. Era una estatua casi igual a la suya. Si le ponía su vestido y su ambloz, podía muy bien engañar a aquel terrible don Juan, por mucho que fuese en lides de amor.

Vicky no opuso la menor resistencia. Había visto a Jorge Hohenfels en el baile y lo había encontrado lo suficiente guapo y gallardo para olvidárselo a su señora. Prometió, pues, a Elena que ella se encargaría de darle el pasaporte. Y a fe que se lo dio del modo más amable que cualquier galán pudiera desear.

Jorge salió de la casa contento y feliz. Saltó por el balcón, para la llave, al parecer, se había perdido. Pero antes de marchar, aprovechando un momento en que se quedó solo en una de las habitaciones del edificio, aún pudo telefonar a su amigo Pedro, que, resignado con su suerte, seguía llenando de pufitas de mosca pliegos y pliegos allí en el Ministerio.

—Oye, Perico, le dijo—, la apuesta la tengo casi ganada.

—¿Dónde estás?— preguntó, intrigado, el marido de Elena.

—¡No tengo ni la menor idea, chico! Sé que estoy con ella, pero no sé dónde estoy...

VI

Entretanto en el baile de la Opera, el señor Arnold y la bailarina húngara, reconocidos ya, se daban cuenta de la desaparición del abanico. Y como en este pícaro mundo suelen pagar con harta frecuencia justa por pecadores, el buen Mr. Duval fue el que cargó con el inerte.

Naturalmente que el hombre se defendió. Se defendió heroicamente. Invocó su nombre imaculado y su prestigio de miembro de la Academie Française, y llegó, en furor, a empujar al señor Arnold en el campo del honor.

Menos mal que en carnaval las más grandes tragedias se convierten fácilmente en sainetes, y por eso la cosa no pasó a mayores, pero el abanico de Madame Pompadour no apareció.

A la mañana siguiente, Elena se despertó más temprano que de costumbre. A su lado, Pedro dormía beatíficamente con el sueño de los justos. Había vuelto muy tarde, casi de madrugada, y como había encontrado durmiendo a su cara mitad, no se había decidido a despertarla, dejando los mimes y los arrumacos para el siguiente día.

El primer cuidado de Elena, no bien abrió los ojos, fue correr a entrevistarse con Vicky, y así lo hizo, levantándose sigilosamente del lecho conyugal.

—¿Qué—preguntó al verla—, lo achuste en seguida?

—¡Ya lo creo, señorita!— respondió la doncella con una mirada traviesa burlándole en los ojos—. Lo aché a puntapés!

Con esta explicación dióse por satisfecha la dama, y volvió rápidamente al lecho. Su marido ronaba todavía. Aquellos roncidos, que prorrumpían una absoluta tranquilidad de conciencia, acabaron de devolverle la seguridad en sí misma.

Nada. Pedro no sabía nada. Su aventura quedaría envuelta en el misterio más impenetrado. Sólo una persona podía delatara: el hombre que había estado allí la noche anterior. Y aquel hombre, ¿dónde estaría ahora! Tenía el convencimiento de que nunca más le volvería a ver, de que sólo sería una sombra pasajera en su vida.

Si algún temor le quedaba, se justificó instantáneamente ante el humilde despartur de Pedro, quien, apenas abiertos los ojos, se apresuró a pedir mil perdones a su mujerita por no haberla llevado al baile la noche anterior. Pero al deber era el deber. Sin embargo, que se consolas. Querían aún por celebrar muchos bailes de máscaras, y si no

la había llevado al Gran Gala Travesti, la llevaría a otros no menos lujosos y animados que aquél.

El conflicto parecía ya resuelto. Elena cantaba victoria. Pero, ¿en qué no sería su asombro y su terror al ver aparecer en su casa nada menos que a su galán de la noche pasada!

En efecto, así era. Jorge Hobenfels, que la víspera no se había dado cuenta del sitio a donde le había conducido el auto de Elena, venía a visitar a su antiguo camarada de juventud, y allí estaban los dos en la sala, charlando amistosamente, bien ajenos ambos de sospechar que pudiese haber entre ellos la sombra de una traición.

Elena no se amilanó. En el curso de estas líneas habré ido notando el lector que era una mujer de recursos, abundante en ingenio y en iniciativa.

Se preparó para la presentación, que muy pronto tendría lugar. Jorge no podía reconocerla. Había tenido buen cuidado de disminuir su voz en los ruidos discretos que había sostenido con él, y de toda su persona sólo le había dejado entrever sus ojos. Poco caso, sin para un guiso de la perspicacia de Hobenfels!

Mientras tanto, en la sala, Jorge, vanidoso, contaba a Pedro su aventura:

—¡Gané brillantemente nuestra apuesta!



Vicky no opuso la menor resistencia...

Puedo asegurar que mi conquista se sintió pródiga de sus encantos y no me los regaló. ¡Y te digo que era una mujer brutal! La lástima es que, como el marido podía volver de un momento a otro, no tuve más remedio de marcharme pronto y saltar por el balcón, con grave riesgo de romperme la criema... Al saltar se me cayó el abanico de la dama, y allí en el balcón debía estar todavía.

—Lo que me parece extraño es que no sepas dónde te ocurrió la aventura.

—Pues no lo sé; vine en auto y, como comprenderás, sin preocuparme del itinerario, atento sólo a mi "víctima". Lo que sí puedo asegurarte es que fué en este barrio.

Un poco después, Jorge era presentado a Elena. No la reconoció él, y ella supo fingir tan perfectamente, que su ex galán hubiera desechado cualquier sospecha si se le hubiese ocurrido. Se organizó una pequeña fiesta. Y solamente al bailar juntos fué cuando Hohensfels percibió por el olfato, de un modo que no le dejaba lugar a dudas, que aquella dama que se perfumaba con "Narcis Noir", era la misma que había conocido en la Ópera la noche anterior. Empezó, entonces, a fijarse en el mobiliario de la casa, y fué reconociéndolo...

¡Estaba perdido! ¡Había engañado precisamente a su mejor amigo!

Desde aquel momento no le dejó vivir una obsesión: Si Pedro encontraba el abanico en el balcón, todo el pastel se descubriría. Pero, afortunadamente, Pedro vivía en el mejor de los mundos y ni remotamente se le ocurría

sospechar de su esposa ni de su amigo. Al contrario, de quien sospechaba, era de su suegro, cuyas aventuras en la Ópera, con la bailarina, le eran ya conocidas.

La historia del abanico de la Pompadour, en efecto, empezaba a traer cola. El irascible Mr. Duval, miembro de la Academia Francesa, no se resignaba a ser tachado públicamente de ladrón de antigüedades históricas y había denunciado al señor Arnold por el delito de calumnia y difamación. La policía se había puesto en movimiento...

Y fué entonces cuando el suegro de Pedro, hallándose con éste en el balcón de la casa, descubrió a sus pies el abanico de la Pompadour.

Pedro se quedó petrificado. ¡Así, no era al viejo verde el que se hallaba en ridículo, sino él mismo! ¡Así, él había apostado por la virtud de su mujer! ¡Así, Jorge, su mejor amigo, añadía el nombre de Elena al de sus conquistadas!...

Sintió la necesidad de cometer un crimen, por lo menos. Y lo hubiera cometido, si la casualidad no le hubiese sorprendido una conversación que, creyéndose solos, sostenían Joe-

ge y Elena. Insistía el primero en asegurar que la dama había estado entre sus brazos la noche anterior, cuando habían entrado en la casa; pero Elena encontró una salida que dejó las cosas en su punto. En la casa vivía una vieja solterona, tía de Pedro, y a ella le achacó la joven la aventura. Hizo creer a Jorge que lo había vestido con su disfraz, mientras ella se retiraba a su alcoba, y que había sido ella, por lo tanto, la que, en el silencio de la noche, había otorgado sus favores al joven diplomático.

Sufrió, así, el amor propio de Jorge Hohencula, y éste fue su castigo. Y Pedro pudo sentirse una vez más orgulloso y seguro de su media naranja.

FIN



El conflicto

Chino - Japonés

Consta de 8 cuadernos

Portada a todo color - 16 páginas de texto
Reproducción en papel couché de fotografías enviadas por avión

Títulos de los cuadernos:

- Núm. 1 **La Mandchuria en llamas**
- Núm. 2 **Primeras hostilidades**
- Núm. 3 **¿Estallará la caldera?**
- Núm. 4 **Bautismo de sangre**
- Núm. 5 **La triste jornada de Tsi-Tsi-Kar**
- Núm. 6 **Hospital de sangre**
- Núm. 7 **Un duelo sobre las nubes**
- Núm. 8 **Con los estudiantes de Nanking**

20 cts. cuaderno

— PEDIDOS A —
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Plaqueo gratis.